

ARTICULOS SOBRE
INCHAUSTEGUI CABRAL*

Por Marianne de Tolentino

OBRA POETICA COMPLETA
DE HECTOR INCHAUSTEGUI CABRAL "MUERTE EN EL EDEN",
POEMA (S) DE UNA SOLA ANGUSTIA.

*"De la buena o de la mala conducta del hombre
depende su regreso a la vida primitiva y feliz,
y de la misma manera cada cosa de la naturaleza se transforma".*

VICTOR HUGO.

—|—

La publicación de la obra poética completa de Héctor Inchaústegui Cabral es un acontecimiento literario, esperado y necesario, la oportunidad para las jóvenes generaciones de sumergirse, al través de un volumen imponente, en textos al fin reunidos y accesibles, en un lirismo que mana del ojo y del alma. Sucesión de páginas a la vez apasionadas y lentamente maduradas durante treinta y seis años, compromiso permanente con el hombre, sus crisis y sus luchas, "poemas de una sola angustia": la condición humana.

Aunque un escritor sea el autor de varios "libros maestros", a menudo con una novela, con un poemario o un poema, sus contemporáneos lo consagran y lo reconocen definitivamente entre los más grandes de la literatura nacional. Así ocurre con la obra de Don Héctor desde su primer libro publicado, "Poemas de una Sola Angustia", premonitorio de un temperamento, de un lenguaje, de una creación, fieles a los mismos ideales:

"Creeré en la mansa igualdad de los hombres/ y en la sencilla complicación de las cosas pequeñas". (Invitación a los de arriba).

Y entre estos hermosos versos, floreció el "Canto triste a la patria

* Estos trabajos fueron escritos por su autora y publicados en diferentes fechas en el *Listín Diario*.

bien amada”, valiente, rebelde y acusatorio, que nadie puede leer por primera vez sin sentir el nudo físico e inexplicable de la emoción, movimiento de visiones borrosas, agudizadas, punzantes, circularmente borrosas... pero que imprimen palabras, imágenes e impugnaciones indelebles, muy semejantes a ciertos paisajes desesperadamente grises de Yoryi Morel.

Escrito mucho más tarde, publicado en México en el 1951, otro poemario de Héctor Incháustegui Cabral nos provocó, cuando lo descubrimos en su cuidadosa edición —entonces dedicada a don Vicente Tolentino—, una singular impresión: es una novela en verso, apenas una novela, más bien una epopeya moderna y criolla, un cantar de gesta donde el héroe forme parte de la historia anónima, homenaje vibrante al “Héroe sin lanza, ni escudo, ni dioses que aplaudieren”... (Preámbulo, estrofa 17).

Leímos con una profunda fruición “Muerte en El Edén” también extenso poema de una sola angustia, la vuelta del hombre al paraíso perdido mediante el holocausto y la sublimación, un preámbulo y veintitrés cantos —episodios— capítulos que culminan en aspiración y elevación supremas: *“Pero al morir Colás su sombra no enterraron/ y creció junto a los lirios y sauces la leyenda,/ y libre del humano estorbo terrenal/ su nombre se bendijo,/ se agitantó la hazaña,/ y en donde tropieza la verdad/ o justicia no alcanza su sentido,/ su nombre se repite,/ por los siglos de los siglos”*.

Aparte de la comunicación que se establece espontáneamente entre el espectador receptor y la obra de arte (sea ésta espacial sonora o literaria), con frecuencia abrigamos motivaciones conscientes —independientes de un análisis o de una reflexión posteriores— que nos atraen hacia una obra determinada.

En nuestro caso, hubo en primer lugar un fenómeno casi “proustiano” de recordación afectiva: la lectura de “Muerte en El Edén” evocó las ya lejanas desgracias del “Jocelyn” de Lamartine —primer gran poeta del Romanticismo francés—. En años adolescentes, habíamos admirado tanto, guiados por el entusiasmo de una profesora, aquella epopeya espiritualista, enmarcada en las introspecciones y los mensajes de una época atormentada. Ahora, con la voz de Héctor Incháustegui Cabral y las desventuras redentoras de Colás, se le sustituía un relato dramático, ferviente y actual, alternación y síntesis de todos los grandes temas poéticos... a la vez que historia de un destino.

“ Junto al gigante que resistió las flechas y las hadas, / tú, caro Toño Colás amigo, / en el libro parroquial Antonio del Castillo y Doscastillos / y con tantos castillos, por hijo de Nicolasa, lavandera”... (Capítulo I).

Vemos que el humor no está ausente en el discurso poético, y llegamos entonces a la segunda motivación, consciente e inmediata, de nuestra elección. El título del poema “Muerte en El Edén” anuncia una intención simbólica que señalamos anteriormente, pero su sentido primero se refiere al “asesinato del vendedor de agujas y jabones” en aquel prostíbulo, “barracón con piso de áspero cemento” “El Edén”, después de todo ironía y realidad. Pensamos entonces en un célebre cuadro precubista de Picasso, “Las Señoritas de Avignon,” cuya denominación inocente se refería de hecho a cierto prostíbulo local, llamado Avignon.

Entre la sonrisa y la emoción nos sumergimos en la lectura de “Muerte en El Edén”.

— II —

Compartimos plenamente la opinión de José Alcántara Almánzar en su prólogo, en su labor metódica que merece elogios porque no hay nada tan arduo como escribir el comentario panorámico de una obra tan extensa, evitando la simple catalogación crítica y logrando extraer de un análisis forzosamente rápido las claves de la poesía de Héctor Incháustegui Cabral. Compartimos pues las afirmaciones de José Alcántara Almánzar al respecto de “Muerte en El Edén” y de su autor: “Es un poeta social y su concepción de la sociedad se nutre un cristianismo enraizado en las sagradas escrituras. Obviamente la concepción idealista asegura la coherencia interna de “Muerte en El Edén” y marca pautas para consideraciones de orden religioso, moral y social”!

En primer lugar habría una razón etimológica para calificar “Muerte en El Edén” de poesía católica: su carácter universal, pues “católico”, a partir de la voz griega, se define por universal. Héctor Incháustegui Cabral aborda pues todos los grandes temas y fuentes de inspiración de la poesía: el amor, la muerte, el tiempo, la naturaleza, el Hombre, la angustia, el pecado, el sufrimiento, la redención. Una verdadera totalidad poética se cristaliza en lo que hubiera podido ser solamente las vivencias amargas de un anónimo policía rural.

Por otra parte, la aldea de Regoneta se impregna de universalidad,

de rasgos identificadores de todas las comunidades rurales en el espacio y en el tiempo antes de la irrupción de la Civilización. Esta dignidad de tipo y de símbolo, esta serenidad religiosa, una deliciosa estrofa de cuatro versos —desenlace del capítulo II— la personaliza, la silueta con un retrato sencillo, bucólico y alegórico: *“Regoneta nació siendo pastora, / ahora vestido de labradora se ponía / y con agua y con afán y sacrificio / echó las bíblicas rosas el desierto”*. Podemos observar una coincidencia formal que exalta el mensaje de perennidad, el clasicismo reencontrado de la rima y de la concisión.

Y desde el Preámbulo, ontológico y totalizante, el poeta nos advierte de los peligros de la ciudad que él aproxima a la maledicción original: *“recordando que de la mano de Caín nació la urbe / y a que a su sombra se degüellan los hermanos”*. Impugnación ya expresada en el Canto Segundo de las Memorias del Olvido: *“Y tú, Caín, fundador de ciudades, / que juntaste los hombres con sus penas y alegrías / entre muros de cal y piedra y soledad profunda”*.

Esta ciudad profana los valores y termina por aniquilar el hombre: *“Nadie ríe. Nadie llora. Nadie se queja”*. Sin duda, como los poetas Románticos, Héctor Incháustegui prefiere *“la gloria cerrada de la aldea, / llena de cbras, interminable de disputas”*, evocación nostálgica y enternecida donde la frase desplegada tiende a convertir el verso en versículo. Para contar, para situar la narración, sus peripecias y su heroicidad, el autor retorna al marco bíblico, al pueblo de pastores y de agricultores.

El carácter religioso y cristiano de “Muerte en El Edén” transparece en la concepción de la rebeldía, reiterada en estos versos que se elevan contra la impureza, la injusticia y el crimen. Y un diálogo entre Colás y Miguel muestra hasta qué punto esa rebelión es segura y constructiva, opuesta a un pesimismo nihilista. Héctor Incháustegui Cabral hace del policía rural una suerte de apóstol: *“—Iguala a los hombres la justicia, / el pie descalzo y el calzado fino / no cuentan para justos, / en donde esté el dolor y en donde el maltrato levante su asquerosa testa maldecida / allí estaré yo”*... Aquí se funden lo religioso, lo moral y lo social.

Podríamos multiplicar los ejemplos del carácter religioso de “Muerte en El Edén”, no exento de cierto panteísmo pues el poeta parece dotar de alma hasta los elementos vegetales de la naturaleza. Ahora bien, un aspecto fundamental de las raíces y de la orientación cristiana del poema reside en su desarrollo y en su desenlace.

A pesar de las vicisitudes, de los asombros, de los sufrimientos, a pesar del crimen y de la muerte, la vida sigue su curso y Colás, asaltado por los tormentos venció el descorazonamiento: *“No era carencia, era sobra lo que padecía, / era el dato de los ojos lo que lo estorbaba, / ojos que a torcidas le informaban del mundo circundante”*... (Capítulo XXII).

Colás, entregado a una desgarradora crisis de introspección, decidió separarse de la subversión del mundo exterior, y se elevó hasta el Sacrificio, un sacrificio sangriento, cometiendo el gesto a la vez atroz y liberador de vaciarse los ojos: *“Colás, sonriendo, caminando con ese paso que aleja de la tierra / se fue al espejo y se encontró seguro y firme, / como el primer hombre en la primera mañana mirándose en la fuente, / y con mano sin temblor / —honrada mano por el trabajo endurecida— con la navaja se vació los ojos”*.

Acto simbólico sacrificio ejemplar que borra la falta original y encamina al hombre hacia una muerte gloriosa, o simplemente de la gracia hacia la Gloria en el sentido cristiano.

— III —

“Muerte en El Edén” es una novela filosófica, heroica y rural, con un rasgo definitorio: el sentido profundo del destino y de la vida.

Héctor Incháusteguí Cabral, lo señalamos anteriormente, no se limita a crear un mundo, sus héroes y antihéroes, sus aventuras y sus desventuras, sino amplía la temática hasta las preocupaciones metafísicas y las voces interiores: *“El hombre es lo sencillo universal, / y por razones de mezclas, lo complejo; y a lo simple, a lo elemental, al átomo intranquilo, / tiende el ánima triste y el corazón lleno de fuego”*;... Estancia del capítulo XII (“Dedicado casi exclusivamente al tema de la muerte”), más que estrofa, que reafirma la espiritualidad y un dualismo idealista”:... *“y el hombre busca su muerte / para agrandarse para siempre / para, despojado del estorbo corporal, / dar de sí cuanto no era suyo”*...

Las meditaciones, los comentarios, las introspecciones, superan simples intervenciones del autor dentro de la historia. Tampoco podríamos interpretarlos como digresiones que interrumpen un discurso narrativo. Por el contrario la exposición reiterada de las concepciones y de las intenciones morales corresponde a la unidad del pensamiento que es hilo conductor del relato: *“Y hay que buscar lo justo en cada pecho / y curar la herida que abre la injusticia / y enseñar a cada*

quien/ que la gracia de Dios no es como el aire”.. (Capítulo XXIII). En las reflexiones filosóficas siempre está puesto el acento social, el anhelo de libertad y de igualdad, constante en toda la obra del poeta.

La novela tradicional y en prosa se dirige a la curiosidad del lector y a su sed de peripecias, a sus ansias de lo inesperado. “Muerte en El Edén” busca una comunicación emocional. Coordinar los episodios, precisar los perfiles psicológicos, construir situaciones originales no interesa tanto al autor como transmitir sentimientos y proponernos tesis sobre fuerzas que actúan sobre el hombre y finalmente lo encaminan hacia la verdad.

“Muerte en El Edén” es un gran poema dramático cuya conclusión reviste una significación esencial, una glorificación de lo absoluto que expresan versos finales breves y austeros: *“vivió la verdad,/ no los sistemas;/ vivió la justicia/ ignorando los programas que la matan”*. El poema convierte al lector en auditor que, aún en la captación silenciosa de los versos, recibe las palabras como sonidos, ritmos y períodos; las variaciones estilísticas repercuten sobre nuestra sensibilidad y exaltan el clímax del relato.

Podemos observar en el poema de Héctor Incháustegui Cabral una frase extremadamente flexible y diversificada en su cadencia y en su sintaxis. Acabamos de citar versos voluntariamente secos y elementales que sin embargo expresan convicciones e ideas profundas. Pero la concisión se mengua a menudo ante las efusiones líricas, ante orquestación modulada de vocablos.

El verbo se hace ondulante, flexible, generoso, y las metáforas ostentan un simbolismo sencillo, armonioso y radiante. La repetición martilla musical y semánticamente el mensaje del cantar. En cuanto a la forma, a la eufonía, a la “estética” del lenguaje, uno de los más hermosos pasajes es el capítulo XIX, vibrante de imágenes a la vez tan exactas, “sensoriales” y melodiosas: *“El aire lleno de femeninas sombrillas confidentes”, “soledad zebrada de metálicos alambres paralelos”, “orejas en que duerme un caracol”*.

La cascada de versos sobre la soledad, airadas, compasiva y tierna alternadamente, según evoca la soledad fría de la ciudad (*“Soledad sin nubes,/ cuadrículada entre calles con aceras y zapatos/ y pierna y calcetín y falda y pantalón/ (...) soledad que aprieta el pecho y enferma y esclaviza...”*) o la soledad bucólica, portadora de los valores auténticos (... *“nos hace germinar, echar raíces y ramas y luceros/ y nos rodea de duendes y de fuentes y jazmines/ y nos entrega la*

llave siempre húmeda del sueño/ y una tijera de oro y papel de mil colores), esta secuencia lírica, inundada de luz, de gracia y de emoción, de las más pictóricas también, es una de las cimas expresivas del poema. Y el último verso estalla en elipsis de la oración, intensidad del concepto: "Soledad plena de Dios y de nosotros mismos".

Y de la misma manera que Héctor Incháustegui Cabral embriaga sus versos de encanto, de virtuosidad fónica y de ecos interiores, de juegos y rejugos sonoros de formas, colores y ritmos ("*Blancas amplias enaguas protegidas*" —capítulo V—), él se indigna, critica, acusa, utilizando entonces un registro coloquial, trivial aún, si es necesario: "*El Estado, un Dios con mil cabezas/ y un estómago que todo lo digiere/ (...) echaba los presos a la calle:/ así se sacudía la obligación de alimentarlos/ ahorrando tintas y monedas y papeles y procesos*". Otras veces la sátira y la ironía se asoman, así pues el capítulo III, humorístico y pintoresco, "*en que se cuenta como tuvo bancos el parque de Regoneta y se demuestra que las comunidades pequeñas son siempre tradicionalistas*".

"Muerte en El Edén", que José Alcántara Almánzar subraya como único en la literatura dominicana, es una síntesis literaria de narrativa, de poesía, de meditación donde Héctor Incháustegui Cabral eleva sus visiones y su escritura desde la cotidianidad más humilde hasta la magnificencia de la sublimación.

ENTREVISTA CULTURAL:
CONVERSANDO DE POESIA
CON HECTOR INCHAUSTEGUI CABRAL

— I —

Desde que pasamos el umbral de la casa, las paredes, consteladas de cuadros, nos recuerdan cuanto el poeta asocia a su ambiente y a la creación al "*pintor con sus tubos y sus mundos de luz y de negrura*". Las jóvenes audacias del Grupo Friordano flanquean los paisajes sueltamente pincelados de Yoryi Morel. La naturaleza dominicana, vuelta vibraciones pictóricas, alterna con estantes colmados de libros impecablemente organizados. La casa exhala quietud y armonía, y llegamos hasta la inmensa mesa de trabajo, hasta una atmósfera humana, reflejo de la cálida atmósfera de tantos versos: don Héctor, un hijo, un amigo artista, y pronto doña Candita.

Poder conversar detenidamente con don Héctor Incháustegui Cabral es un privilegio desde que él ejerce sus altas funciones y trabaja unas catorce horas al día en los asuntos del Estado. Una vez conseguido ese privilegio, se conversa evidentemente... de temas culturales, del Centro cultural de Santiago, de sus teatros, de las actividades ya en marcha. Una hermosa frase puntualiza esa primera fase del diálogo: *“Estoy haciendo las Bellas Artes que quise hacer”*... Pero en casa de un poeta, la poesía siempre ronda y los interlocutores no la pueden ni la quieren evitar, sobre todo cuando el anfitrión acaba de publicar sus *“Obras Poéticas Completas...”*

“Nadie se retira de la poesía, la poesía se retira de uno” expresa con más humor que nostalgia el escritor, que obviamente no se ha retirado de la poesía, la sigue viviendo intensamente, sigue fiel a esta afirmación expresada en los años 50, en *“Casi de Ayer”*: *“De la poesía hemos aprendido a conocer sus secretos técnicos, a seguir el limpio curso de una inspiración, a descubrir su motivo, a desentrañar su secreta causa, pero es inexplicable, inefable”*¹.

“La poesía es una superstición, sí, una experiencia mágica”. Y para don Héctor existe una estrecha relación entre oración y poesía: él cree que ambas son conjuros, invocaciones de algo inasible que se coge por el intermedio de la palabra. *“La poesía conjura la realidad, la oración conjura beneficios y maleficios”*. ¿Conjurar la realidad? *“Retrotraerla, la poesía es una forma de conocimiento”*. Ahora bien, ese conocimiento no es analítico, ni científico —en este caso la prosa sería la escritura indicada—, ni externo.

Nos parece que se trata del conocimiento profundo, esencial, de la videncia de Arthur Rimbaud, pues Héctor Incháustegui piensa que *“en literatura, si no hay un elemento subconsciente, falta un elemento fundamental”* y consecuente con su opinión, acepta la crítica sicoanalítica, interesada en descifrar la personalidad de los héroes y del autor... *“hasta donde se pueda”*.

Don Héctor concibe el nexo entre el escritor y la obra, entre el escritor, la época, las circunstancias, como un hecho tan significativo que, en su criterio, para apreciar la poesía, se requieren *“un factor extrapersonal y conocer otros datos”*. *“Prefiero hacer juicios sobre los muertos”*, agrega, opinión que cierra la propuesta inicial: *“No hay*

1. Héctor Incháustegui Cabral. *“Poesía e interpretación de la Poesía”* en *“Casi de Ayer”*. México. 1952.

nada más comprometedor y desagradable que leer originales de poesía”...

Héctor Incháustegui vive en Santo Domingo, es oriundo de Baní y residió muchos años en Santiago. Le preguntamos si establece diferencias de cualidades o de oportunidades entre el “poeta de la provincia” y el “poeta de la ciudad”. El no reconoce diferencia... y, paseando a lo largo de la mesa, fumando nerviosamente, explica. “*Después de cierto tiempo, los grandes poetas de la ciudad no son más que poetas de provincia trasladados aquí*”.

Cita algunos ejemplos: “*Pedro Mir es de San Pedro de Macorís. Manuel del Cabral de Santiago. Tomás Hernández Franco de Tamboril. Héctor Incháustegui... de Baní. Guzmán Carretero de Moca y Santiago. Es posible que la ciudad sea el gran resonador de los poetas... una vidriera de exhibición de los poetas de provincia*”. Nuestro interlocutor, después de un corto instante de reflexión, dice que el poeta de la provincia tiene más posibilidad de enriquecerse con la experiencia vivida y que la capital agregaría la ilustración de tipo cultural.

Esta importancia que Don Héctor atribuye a la vida, a “... *esta prueba, corta, que es la vida*”², al lugar de la “magia y de la mística” (punto que trataremos en la entrevista) nos aclara por qué su novelista latinoamericano preferido es Gabriel García Márquez, y que, en la obra del narrador colombiano, él considere como su libro más perfecto. “El Coronel no tiene quién le escriba”. Predilección motivada además por el parecido entre uno de sus tíos — ique criaba gallos... sin jugar! — y el Coronel, símbolo del infortunio y de la esperanza indestructible.

— II —

Héctor Incháustegui Cabral fue miembro del consejo de dirección de esa excelente publicación preeminentemente literaria, “Cuadernos Dominicanos de Cultura”, y uno de sus asiduos colaboradores en verso y en prosa, en narración y ensayo. En uno de sus artículos, él establecía una jerarquía de la escritura poética y de los lectores, restando valor a las normas de la versificación: “*Las reglas siempre han sido barreras y en algún caso, medios para el poeta hacer pruebas de fuerza, pero en el orden de la mecánica del arte nada más*”. Las palabras de hoy asumen la misma posición, distinguiendo al verdadero poeta del simple “redactor de oraciones” sin inspiración ni esencia, acogiendo las modalidades de la expresión moderna.

2. Último verso de “Soplo que se va y que no vuelve”. Santiago. 1946.

El poeta atribuye una importancia determinante al ingrediente visual de la poesía, más aún considera el *“audiovisual como un elemento tan grande que la literatura no ha podido escapar a su influencia”*. Don Héctor hace remontar esa influencia indisoluble a los cursos elementales, al aprendizaje de la lectura, ya que *“las sílabas se identifican primero por el sonido, no por la grafía”*. Abierto pues a las corrientes más avanzadas de la forma (y podríamos decir de la puesta en forma), él señala que *“cuando la poesía utiliza múltiples recursos gráficos, requiere muchos conocimientos del lector”*. La escritura es como *“una partitura musical”*, más compleja se vuelve la tipografía, más exige *“virtuosismo del lector”*. Y en cuanto a la lectura en voz alta por el poeta o por otro, las variaciones cromáticas o gráficas plantean dificultades casi insolubles. Y surge del propio don Héctor una pregunta —planteamiento sin respuesta: *“¿Cómo expresar con la dicción, con la elocución, versos escritos... en rojo o... en círculo?”*.

Ahora bien la concepción liberal de la escritura se aparea con un uso riguroso de la palabra, del término adecuado... empezando con el rechazo de la calificación de *“poesía”* a expresiones artísticas que no utilizan el lenguaje, la pintura por ejemplo. Héctor Incháustegui tolera metafóricamente el adjetivo *“poético”* a la creación plástica y, en el vocabulario de la crítica, observa una extensión excesiva del *“lirismo”*... que en su etimología se refería a una instrumentación musical. Uno de los usos (abusos o sub-usos) que más le molestan es por ejemplo el empleo tan corriente de la palabra *“evento”* para referirse a un hecho o a una manifestación cuyos resultados certeros y programados no tienen nada de *“eventual”*.

La fruición (palabra propia para el placer del texto) comienza desde los títulos de los poemarios de Héctor Incháustegui Cabral. Basta citar algunos: *“Poemas de una Sola Angustia”*, *“Las Insulas Extrañas”*, *“De Vida Temporal”*, *“Canciones para matar un recuerdo”*, *“Flecha hacia lo alto disparada”* (nombre de un poema que hubiera podido intitular un libro)... El poeta confirma nuestra impresión acerca de la importancia de los títulos en su obra y sobre todo el papel imprescindible de la eufonía: *“El título ha de ser hermoso aunque no diga nada... Generalmente lo pongo de último”*. La elección meditada del título, no solamente la quiere en la poesía sino en otros géneros literarios como una novela: *“Poner el título a un personaje es llevar a una concepción y a una interpretación muy cerradas. A veces el personaje principal no es lo principal de la obra”*..

Estas opiniones de Don Héctor muestran su inclinación a las

definiciones exactas (*"Hay confusiones solamente permitidas a la poesía..."*) Cuando abordamos el tema de las creencias, se autocalificó de "agnóstico", e inmediatamente se (nos) refirió al Diccionario de la Real Academia. Agnosticismo: Doctrina filosófica que declara inaccesible al entendimiento humano toda noción de lo absoluto..." *"Son dominios con los cuales no me meto. Soy profundamente anti-dogmático. Tengo creencias desorganizadas"*. Y pensativo agrega, respondiendo a observaciones de los presentes acerca de la vertiente mística de la obra, de la vocación del Sacrificio: *"Creo en el Sacrificio, en una capacidad de sacrificio presente y diferente en cada hombre... ¿Temperamento monástico? Puede ser. Dentro de mi agnosticismo, soy un hombre de espíritu religioso... y perdono: no tengo odio ni trato de vengarme, "es una actitud preexistente"*.

Cuando don Héctor habla, los aforismos brotan espontáneamente. Se lo hacemos notar. Se ríe: *"Es algo propio de los viejos"...* Diríamos mejor, es una calidad de los Clásicos. Retuvimos una hermosa imagen sobre la poesía y los poetas dominicanos actuales: *"Se sigue haciendo buena poesía; lo que pasa es que cuando hay demasiados árboles, no dejan ver el bosque"...* y esta apreciación algo humorística: *"Los poetas escriben bien lo que conocen mal"*.

¿Volverá don Héctor a escribir poesía? No le hicimos la pregunta. El está preparando sus Memorias, etapa previa de preparación intelectual. Esperamos lo que será, según una autocrítica..., el fruto de una *"memoria espasmódica"* que otros considerarían como excelente y muy precisa... El carro está delante de la puerta... Don Héctor se dispone a emprender una larga jornada de trabajo... Nos despedimos. El patio interior. Los libros. Los cuadros. La calle. Otro mundo.

ARTE DOMINICANO DON HECTOR ENTRE NOSOTROS

La partida de Don Héctor nos ha consternado a todos. Ha sido el flagelo moral y emocional después del tremendo golpeo del huracán. La muerte de Don Héctor cobró ya dimensión de símbolo: él fue una víctima de la entrega a los demás, al trabajo, a la búsqueda del ideal "que se va de las manos cuando uno cree que lo va a tocar" —así lo escribió—. Su muerte nos ha consternado, tal vez un poco egoístamente. Porque sabemos que ya no está ese fiel amigo de todos, hacia

el cual todos acudían en pos de estímulo, de ayuda, o de afecto simplemente.

Generalmente los grandes hombres, las grandes inteligencias, los grandes poetas son controversiales, temidos, queridos u odiados apasionadamente. Pero Don Héctor era la excepción, unánimemente objeto de un hondo cariño y de un profundo respeto. Los jóvenes autores lo hacían copartícipe de sus primeras obras, cualesquiera fuesen sus tendencias anhelaban sus consejos y su orientación, lo iban a visitar porque “necesitaban” conversar con él. Los artistas también lo asociaban a sus creaciones, confiando en su sinceridad y en su juicio. Los responsables culturales llegaban hasta su casa o su despacho, seguros de que encontrarían allí una contribución concreta a las tareas emprendidas. Su inmensa receptividad se confundía con virtudes todopoderosas, y lo más extraordinario es que cada uno que se le acercaba se sentía respaldado y esperanzado.

“Yo solamente doy buenas noticias” decía Don Héctor y cuánta fruición dejaba entrever al hacer un poco o mucho más feliz a la persona agraciada. Integridad y generosidad raras que se regocijaban por la dicha ajena y que callaban su propia contribución a esta buena suerte. La limpidez de su alma y su plenitud interior dirigían su mirada hacia adelante y no le permitían detenerse en el rencor o la hostilidad. “La murmuración no mata/ y la incomprensión nos duele sin ahogarnos”, hermosos versos “De Vida Temporal” que eran una profesión de fe: “Se secó un rosal, y otro sembraron”.

Tampoco manifestaba conformidad por el deber cumplido; el pasado permanecía en el porvenir para realizar los sueños de antaño, para convertir en realidad proyectos beneficiosos para la educación y la elevación del hombre. Pensamos en el centro de la cultura de Santiago que es verdaderamente el centro “Héctor Incháustegui Cabral”. Pensamos en su labor incansable en la Universidad Católica Madre y Maestra, en su amor por el libro que fomentó editorialmente al través de los más destacados textos. Pensamos en las tantas manifestaciones nacionales e internacionales que auspició y apoyó, siempre que redundaran en beneficio de la nación y de los valores dominicanos: ferias, concursos, exposiciones, bienales, simposiums, festivales.

Era un ciudadano de Baní y de Santiago que tenía presente al pueblo y al país enteros; un ejemplo entre mil fue la inolvidable muestra Imagen exhibida en la biblioteca de la Madre y Maestra y que Don Héctor quería traer a Santo Domingo: “No darle oportunidad a

la gente de la Capital, para que vea la muestra, es casi delito, pero al fin hemos tenido que resignarnos y permitir, con dolor y tristeza, que las obras se dispersen sin haber cumplido cabalmente su misión”.

Como los poetas insignes, la poesía se deslizaba en la más breve de sus cartas, en la más llana de sus conversaciones. “Uno no deja la poesía... es la poesía que deja a uno”, vaticinaba Don Héctor, y la poesía se negó a dejarle, impregnando la cotidianidad de un verbo e inspirando sus acciones... pues poesía significa belleza, sensibilidad, encanto, originalidad. Parte de millares y millares de versos que quedarán en el parnaso de la gran poesía dominicana. Don Héctor cantó la patria y la gente dominicanas, el tiempo y la eternidad, los dioses y los hombres, la ternura, la naturaleza, el génesis, la vida, la muerte, con amor y con humor.

En estos momentos de catástrofe, su ausencia se hará sentir más que nunca. Nos faltarán su optimismo, sus ideas, su orientación, su convicción, su rectitud, su laboriosidad, su discreción, su talento, su civismo que tanto nos hubieran ayudado a sembrar nuevos rosales. Pero Don Héctor dejó su ejemplo, múltiple fuente de inspiración en el seno de la familia, de la amistad, de la comunidad, dejó esta “virtud florecida de acciones”. Las vidas y las obras ejemplares, eternas en la memoria, guían a los pueblos y a sus continuos renacimientos. ¡Que nos sirva de alivio frente a la pérdida de un mentor de las artes, de las letras y de la condición humana!

**ACTIVIDADES CULTURALES:
EN LA FERIA DEL LIBRO
UN HOMENAJE EMOTIVO
A HECTOR INCHAUSTEGUI CABRAL**

La Octava Feria del Libro lleva el nombre de Héctor Inchaústegui Cabral. Asociación indiscutible, pues Don Héctor, aparte del homenaje a la memoria de un gran poeta, simboliza el libro dominicano y el amor al libro: dos ponderaciones esenciales de la Feria del Libro. Héctor Inchaústegui Cabral era un lector excepcional, tenía una extensísima biblioteca, promovió con fe y entusiasmo la bibliografía nacional, escribió talentosamente en prácticamente todos los géneros literarios. Una identificación no puede ser más absoluta.

El acto cultural de mayor significación, programado por la Comisión Permanente de la Feria del Libro, fue el Homenaje a Héctor

Incháustegui Cabral. El sábado en la noche, en el Patio de Gobernadores del Museo de las Casas Reales, un recital poético reunió a familiares, amigos, actores, escritores, artistas, universitarios, en fin a un público numeroso, compenetrado con el recuerdo y la obra del autor del "Canto Triste a la Patria bien Amada".

Don Héctor Incháustegui era la personalidad respetada y querida por los jóvenes que buscaron sus consejos y aún su arbitraje de hombre sabio, al través de varias generaciones. Entre ellos, estuvo Máximo Avilés Blonda, luego José Alcántara Almánzar. Máximo Avilés Blonda organizó el homenaje no solamente como un coordinador del arte y de la cultura sino como el poeta que siente con particular emoción la poesía de un amigo mayor y la comunica a los demás. Con Margarita Contín Aybar, Servio Uribe, Margarita Baquero, Iván García, Salvador Pérez Martínez, profesionales del arte dramático dominicano, para que ellos dijeran los versos y los fragmentos teatrales, él preparó una pequeña antología, por cierto muy bien seleccionada, de estrofas y escenas representativas de los grandes temas y de las preocupaciones —tanto sociales como metafísicas— de Héctor Incháustegui Cabral.

José Alcántara Almánzar, uno de los más importantes ensayistas nacionales, que se perfila ya como el especialista de la obra de Héctor Incháustegui Cabral, hizo una presentación a la vez simple, elocuente y completa, donde revivían sucesivamente el poeta, el dramaturgo, el ensayista, el novelista ("Muerte en El Edén" es una novela en verso), el diplomático, el hombre público.

Máximo Avilés Blonda, que enlazó cada pieza, cada participación con una introducción breve, vivencial y muy sentida, inició el recital con un poema, palpitante de ternura y de reverencia que le inspiró la circunstancia: "Veneramos la carne y la voz de un hombre que descansa.../ Veneramos la carne de un hombre que es la luz de las palabras/ y de las letras con las cuales/ son pronunciadas las palabras... Poema de final digno del gran poeta que es Máximo Avilés Blonda, del gran poeta que fue don Héctor:... "gran astro sencillo/ entre nubes negras/ caminando con ternura de pueblo llano hacia la sombra".

Muchos poetas tienen "un" poema sublime que los inmortaliza. Así pues el "Canto Triste a la Patria bien Amada" se ha convertido en una de las coplas más punzantes, jamás escritas sobre la pobreza y la desesperanza del campesino dominicano. Margarita Contín Aybar lo declamó, vibrantemente, alcanzando en ciertos momentos acentos

trágicos. Máximo Avilés recordó con qué valentía “una joven, dulce artista, Margarita Contín Aybar, se atrevió —atrevimiento doble por ser mujer en esos tiempos a declamar el poema de Héctor Incháustegui Cabral”, aplaudida en pie hace cuarenta años. Continuación en la tendencia de la poesía social, dentro de “Los Poemas de una Sola Angustia”, la “Invitación a los de Arriba”, advertencia tronante y profética, fue leída por el actor y director teatral, Servio Uribe.

Héctor Incháustegui Cabral escribió, con el título global de “Miedo en un puñado de polvo” una trilogía teatral “Prometeo”, “Filoctetes”, “Hipólito”, inspiradas de los trágicos griegos, consagran al Poeta como Dramaturgo. Las piezas, que se desarrollan en el contexto contemporáneo, nos refieren a cuestiones y cuestionamientos que le apasionaron: los mitos, el destino, la condición humana, la fatalidad y la muerte.

Iván García y Margarita Baquero —ojalá disfrutemos más a menudo el talento de estos dos magníficos intérpretes —dramatizaron la lectura de escenas de “Hipólito” (Margarita sería una gran Fedra). Iván García, Salvador Pérez Martínez, Servio Uribe dijeron el desenlace de “Filoctetes”. Cuando Iván García exhaló: “Sólo el dolor que quema mis entrañas,/ esta sed que no hay agua que la apague,/ esta ceguera que sólo necesita/ la luz de Dios para curarse! ”, se estremeció la asistencia...

Con el timbre sonoro y la dicción nítida que le caracterizan, Salvador Pérez Martínez leyó versos de “Los Dioses Ametrallados”. Y en la voz de Máximo Avilés Blonda, hombre de teatro que sabe leer tan bien sus versos como los de otros poetas, trascendió cuánto “En llegando al arrabal de senectud” era un poema premonitorio que alternaba el sosiego y la aprehensión.

Pero Don Héctor Incháustegui Cabral fue igualmente el amigo de los artistas e impulsó decisivamente el arte dominicano. En el Homenaje, los artistas concretaron su presencia. Soucy de Pellerano expuso su libro —objeto, esculpido en metal, excelente trabajo creativo que transcribe en una de sus páginas, el “Canto triste a la Patria bien amada”. El doctor Rodolfo Coiscou Weber prestó un retrato de Héctor Incháustegui Cabral, que realizó en hilografía.

El Homenaje a Héctor Incháustegui Cabral, celebrado en el Museo de las Casas Reales en ocasión de la Feria del Libro, fue lo que iba a ser: una hermosa manifestación, de elevado potencial emotivo y de alto nivel artístico.